

DEL SALMO XVII.

2. Á tí he de amarte, ó Señor, que eres *toda* mi fortaleza.

3. El Señor es mi firme apoyo, mi asilo, mi libertador.

Mi Dios es mi socorro, y en él esperaré.

Él es mi protector, y mi poderosa salvacion, y el amparo mio.

4. Invocaré, *pues*, al Señor con alabanzas, y me verá libre de mis enemigos.

5. Cercáronme dolores de muerte, y tormentos de iniquidad me llenaron de terror.

6. Rodeáronme dolores de infierno: estuve á punto de caer en lazos de muerte.

7. *Mas* en esta mi tribulacion invoqué al Señor y á mi Dios clamé;

El cual desde su santo templo escuchó *benigno* mis voces: y el clamar que hice yo ante su acatamiento penetró sus oidos.

8. Conmovióse y tembló *luego* la tierra; los cimientos de los montes se estremecieron y se conmovieron viéndole *tan* airado.

9. Levantóse una *gran* humareda fuera de su ira, un fuego devorador salia de su rostro; por él fueron encendidas brasas.

10. Inclino los cielos, y descendió, llevando una oscura niebla bajo sus piés.

11. Montó sobre Querubines, y tomó vuelo: voló llevado en alas de los vientos.

12. Puso entre tinieblas su asiento; sirviéndole de pabellon, que le cubria por todas partes, una agua tenebrosa suspensa en las nubes del aire.

13. Al resplandor de su presencia se resolvieron

las nubes en una lluvia de piedras y de centellas ardiendo.

14. Y tronó el Señor desde lo alto del cielo; y el Altísimo dió una voz como suya, y cayeron *al instante* piedras y ascuas de fuego.

15. Disparó sus saetas y disipólos; arrojó gran multitud de rayos y los aterró.

16. Hiciéronse visibles los *ocultos* manantiales de las aguas, y quedaron descubiertos los cimientos del orbe terráqueo al estruendo tuyo, ó Señor, al resplido de tu ira.

17. *Entonces* alargóme *el Señor* desde lo alto su mano, y me asió, y sacóme de la inundacion de tantas aguas.

18. Libróme de mis poderosísimos enemigos, y de cuantos me aborrecian; porque se habian hecho mas fuertes que yo.

19. Echáronse de repente sobre mí en el dia de mi angustia; pero el Señor se hizo mi protector.

20. Sacóme á la anchura; sacóme por un efecto de la buena voluntad para conmigo.

21. El Señor me recompensará segun mi justicia, y me premiará conforme la pureza de mis manos ó *acciones*.

22. Porque yo he seguido atentamente las sendas del Señor, y nunca he procedido impiamente contra mi Dios.

23. Porque tengo ante mis ojos todos sus juicios, ni he desechado jamás sus justísimos preceptos.

24. Y pues que tú, ó Señor, das luz á mi antorcha, esclarece, Dios mio, mis tinieblas.

25. Él es el Dios que me ha revestido de fortaleza y ha hecho que mi conducta fuese sin mancilla.

26. Que ha dado á mis piés la ligereza de los ciervos y me ha colocado sobre los altares.

27. Que adiestra mi mano para la pelea. Tú eres,

ó Dios mio, el que fortaleciste mis brazos como arcos de bronce.

37. Fuíste me abriendo paso por doquiera que iba, y no flaquearon mis piés.

38. Perseguiré á mis enemigos y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos.

39. Los destrozaré, no podrán resistir : caerán debajo de mis piés.

40. Porque tú me revestiste de valor para el combate, y derribaste á mis piés á los que contra mí se alzaban.

41. Hiciste volver las espaldas á mis enemigos delante de mí, y desbarataste á los que me odiaban.

42. Clamaron, mas no habia quien les salvase; clamaron al Señor, y no les escuchó.

43. Los desmenuzaré como polvo que el viento esparce, y los barreré como lodo de las plazas.

44. Tú, Dios mio, me librarás de las contradicciones del pueblo; tú me constituirás caudillo de las naciones.

45. Un pueblo á quien no conocia se sometió á mi dominio: apenas hubo oido *mi voz* me rindió la obediencia.

46. Los hijos mios *se han vuelto como hijos bastardos*, me faltaron á la fidelidad; han caido en la vejez y caducado los hijos bastardos, y van tropezando fuera de sus sendas.

47. Viva el Señor, y bendito sea *mil veces* mi Dios; y sea glorificado el Dios de mi salud.

48. Tú, ó Dios *mio*, que sales á ocuparme, y sujetas á mi *dominio* las naciones: tú que me libraste de la saña de mis enemigos,

49. Ensalzarme has sobre los que se levantan contra mí: me libertarás del hombre inícuo.

50. Por tanto, yo te alabaré, ó Señor, entre las

naciones, y cantaré himnos á *la gloria de tu nombre*.

51. Á aquel que ha salvado maravillosamente á su Rey y usa de misericordia, *ó colma de beneficios* á su ungido David, y la usará *tambien* con su descendencia hasta el fin de los siglos.

INSPIRACIONES.

Et assumpsit me de aquis multis.
(PSALM. XVII, 17).

No buscando mi gloria, sino la del Señor, le invocaré, y ningun daño podrán ocasionarme los errores de la impiedad ¹.

Dolores enviados del infierno me traspasaron, y sobresaltóme de temor la iniquidad que se precipitó sobre mí como un torrente.

Mas en tanta tribulacion invoqué al Señor en su santo templo, y me oyó.

Me oyó y se enojó, y al verle enojado

Conmovióse y tembló la tierra; los cimientos de los montes se estremecieron y se conmovieron.

Los inícuos habian tomado por único blanco de sus saetas al Pontífice: venid y derribémosle, dijeron.

Mas el Pontífice clamó al Señor: tú eres mi firme apoyo y mi asilo, sé mi libertador.

Y fue entonces cuando el temblor del Pontífice se comunicó á la tierra; esto es, á las dominaciones terrenales, y cuando los orgullosos y altivos sintieron conmovirse la peana de su enaltecimiento.

La tierra arrojó una humareda ó confusion, que esparciéndose sobre todos los caminos de la sociedad, la dejaron ciega y turbada; mientras que la ira del Señor devoraba como fuego las instituciones injus-

¹ Pensamiento de san Agustin, en el comentario del salmo xvii.

tas, y enardecia con la vida de la caridad los corazones prudentes.

Y entonces inclinó los cielos, é hizo descender su espíritu á la tierra, que estaba á sus piés como un reclinatorio de sombras.

Montado en Querubines tomó vuelo; los vientos humanos, es decir, las impetuosas revoluciones, le servían de alas.

Donde mas intensa era la oscuridad del error, allí puso su asiento; donde Júpiter tenia el centro del poder, él puso el centro de la humildad; donde Venus tenia el teatro de la lascivia, él puso el teatro de la modestia: sentó la verdad en la cátedra que era del error.

Y el pabellon que por todas partes le cubria eran las utopias tenebrosas de los impíos, los misterios aéreos de la idolatría, el espantoso caos del paganismo.

Al ver el resplandor de su presencia las nubes idólatrico-paganas se resolvieron en una lluvia de piedras y de ardientes centellas, que cayeron sobre las cabezas de los escogidos.

Los confesores de la verdad fueron heridos por el pedrisco que arrojaban las nubes tenebrosas; y las aguas de los impíos torrentes tñiéronse con la sangre de la vírgen casta y del varon incorrupto.

Pero la sangre de los mártires reflejó en el firmamento los colores variados de la caridad, y el arco iris de la paz se apareció al mundo teniendo un extremo apoyado en la grada ínfima del eterno solio y el otro extremo en el pico supremo de la cúpula del Capitolio.

Tronó el Señor desde lo alto del cielo, el Altísimo dió una voz como suya, y cayeron al instante piedras y ascuas de fuego sobre los que apedreaban á sus santos.

Disparó sus saetas, y los dispó.

Hizo visibles manantiales de aguas que estaban ocultos, esto es, manifestó el caudal inagotable de gracia que reservaba á la humanidad la doctrina apostólica, y quedaron descubiertos los verdaderos cimientos de la tierra.

Al estruendo tuyo, Señor, al resoplido de tu ira vióse que no sostenia la tierra el orgullo de los soberanos, ni la ambicion de las muchedumbres: que no la sostenia la idolatría con su culto ridículo, ni el cínico con su doctrina vacía y flexible: que no la sostenia ninguna institucion ni sistema nacidos en la misma tierra: aparecieron descubiertos los verdaderos cimientos del porvenir.

El fundamento de la tierra, dijo el Señor, es mi doctrina: en mí está la vida; quien está fuera de mí indispensablemente muere.

Entonces el Señor alargó la mano al que habia constituido piedra fundamental, cimiento inquebrantable de su Iglesia, sacóle de la inundacion de las aguas, le libró de sus poderosísimos enemigos, y de los que le aborrecian, y de los que eran mas fuertes que él.

Así ha obrado Dios siempre con sus representantes.

Si uno á uno preguntamos á los Papas: ¿qué habeis recibido del Espíritu Santo que os eligió? ¿Cómo os ha ayudado á llevar la carga que echó á vuestros hombros? Todos os contestarán como Pio IX:

«Mis enemigos se echaron de repente sobre mí en «el dia de mi angustia, pero el Señor se hizo mi protector.»

«Sacóme á la anchura: sacóme por efecto de su «buena voluntad para conmigo.»

En efecto, el Pontífice ha sido por él revestido de

fortaleza, por él la conducta del Pontificado fue sin mancilla.

Él le ha colocado sobre todas las alturas, para que á todas las dominara : ha dado ligereza á sus piés para recorrer todas las políticas y todos los sistemas, y todas las razas y todas las escuelas, á fin de salvarlas con su próspera solicitud.

Él adiestró su mano para la pelea, y convirtió en bronce aplastador sus brazos.

Él le allanó el camino de las mas difíciles victorias, é hizo que jamás flaquearan sus piés.

Hé ahí por qué hoy que los enemigos vuelven á levantar la cabeza, y que los hombres de tierra quieren poner obstáculos á la marcha civilizadora y progresiva de su palabra, Pro IX se dirige al espíritu de fortaleza, y dice como David :

Perseguiré á mis enemigos y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos.

No transigiré con los impíos y pecadores ; no me doblaré á sus maliciosas exigencias, iré adelante en mi firme resolucion; *no volveré atrás*: NON CONVERTAR.

Los destrozaré, no podrán resistir ; caerán debajo de mis piés.

Porque tú me revestiste de valor para el combate, y derribaste un dia á mis plantas los primeros que contra mí se alzaron.

Hiciste ya volver las espaldas á los enemigos ante mí, desbarataste al triunvirato que odiaba mi dignidad y que sentó en mi solio un Gobierno inicuo.

Clamaron, mas no habia quien les salvase; clamaron, mas el Señor no les escuchó.

Yo les desmenuzaré como el polvo que el viento esparce, y los barreré como lodo de las plazas.

Lo haré, porque tú, Dios mio, me librarás de las contradicciones del pueblo.

Eruet me de contradictionibus populi.

Esto es, alcanzarás al pueblo la consecuencia con los principios abrazados : no permitirás que el pueblo que me recibió y me recibe á los gritos de *Hosanna*; *benedictus qui venit in nomine Domini*, clame á los pocos dias : *si dimiserimus eum, omne sæculum post illum ibit: interficiamus eum.*

No permitirás que los que han visto y saludado y bendecido la luz pontificia dirijan á ella el soplo de las pasiones, y apaguen el resplandor de su propia gloria.

No, eso no lo permitirás, Señor.

¡Ay! Señor, disipa la angustia que acibara los pensamientos de mi alma : acaba de librarme de las contradicciones del pueblo.

Hé ahí que mientras que naciones que no me conocian, al oír la voz de los ministros que les he enviado, me rinden plena obediencia; mientras la América y la Oceania vuelven á esta silla sus miradas, humildes como las de un pueblo neófito, los pueblos, hijos míos, los pueblos que yo dí á la luz de la verdad, que yo nutrí con la leche de la doctrina, que yo coroné con el resplandor de la justicia, me faltaron á la fidelidad, se han vuelto como si fueran hijos bastardos.

Y los hijos bastardos han caido en la vejez : quieren hablar y chocean; quieren progresar y tiemblan; quieren andar y caen ; no ven las sendas que deben seguir, y marchan sin norma y fuera de camino.

Ea, pues, Señor, líbrame de estas contradicciones de los pueblos, y consérvame al frente de todos ellos como el caudillo de las conciencias.

Y oye la voz del siervo de tus siervos que, al pen-

sar cuán maravillosamente salvaste el reino á David, exclama confiado : *Vivit Dominus* ; y vivirá salvando el cetro y el poder suyo y de sus descendientes.

Estas son las esperanzas de la justicia personificada en Pio IX.

Hé aquí por qué el coro de justos no cesa de repetir :

GLORIA Á PIO IX y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege : como fue en el principio, y es ahora , y será siempre. — VILARRASA.

DEL SALMO XVIII.

2. Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos.

3. Cada dia transmite con abundancia al siguiente dia estas voces ó *anuncios*, y la una noche lo comunica á la otra noche.

4. No hay lenguaje ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces.

5. Su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo *se han oido* sus palabras.

6. Puso Dios *especialmente* en el sol su tabernáculo, y á la manera de un esposo que sale de su tabernáculo

Salta como gigante á correr su carrera.

7. Sale de una extremidad del cielo

Y corre hasta la otra extremidad del mismo; ni hay quien pueda esconderse de su calor

10. ...Los juicios del Señor son verdad : en sí mismos están justificados.

11. Son mas codiciables que la abundancia de oro y de piedras preciosas : mas dulces que la miel y el panal.

12. Por eso tu siervo los guarda ; y en el guardarlos queda abundantemente galardonado.

INSPIRACIONES.

Nec est qui se abscondat à calore ejus.

(PSALM. XVIII, 1).

¿ Cuáles son estos cielos que Dios ha hecho cantores de su gloria? ¿ Qué cantos son los que á la gloria de Dios elevan aquellos cielos? y ¿ desde dónde son dirigidos sus cantos?

Los cantos de los cielos [se elevan desde la tierra : ¿ dónde están , pues , estos cielos que desde la tierra elevan sus cantos?

Dios, que extendió los cielos de las estrellas sobre los montes, extendió los cielos de la verdad sobre las conciencias : los cielos de las conciencias son los Pontífices.

Los Pontífices han entonado los cánticos *de gloria á Dios!* que han repetido las criaturas.

Ellos son tambien el firmamento que anuncia la grandeza de las obras de sus manos.

Ellos han sido los dias que han transmitido á los siglos la voz de la doctrina gloriosa de Cristo : doctrina que un dia ha transmitido al otro dia, esto es, un pontífice al otro pontífice ; así como los enemigos de la luz han ido perpetuando el testimonio de la verdad legándose unos á otros el espíritu de su oposicion.

Como una noche transmite á otra noche las tinieblas, proporcionando cada una de ellas una nueva victoria á la luz ; así las herejías transmitiéndose unas á otras las debilidades de sus respectivos errores han proporcionado al Pontificado la gloria de dar nuevos y frecuentes testimonios de unidad y justicia.

Y como no hay país que no haya abierto los ojos á la aurora del dia, tampoco hay lenguaje ni idioma en que haya dejado de hablarse la voz del Pontificado.

Hasta el cabo del mundo se han oido sus palabras.

Ved ahí por qué ha sido escrito que el Señor puso su tabernáculo en el sol; es que el sol es el pontífice de la luz, como el pontífice es el sol de la conciencia.

La sede de la verdad y la sede de la luz tienen íntimas y exteriores analogías.

El sol se levanta del Oriente como el esposo de su tálamo; salta como un gigante á correr su carrera; sale de una extremidad de cielo, y llega hasta la otra extremidad; ni hay quien pueda esconderse á su calor.

Todo lo alegra, todo lo alienta, todo lo vivifica, todo lo fecundiza.

Tambien el Pontificado apareció en Oriente: el amor del Espíritu Santo infundió en él el principio de aquel ardor con que debía calentar y robustecer la tierra entera.

Á manera de un esposo que sale de su tálamo, salió el Pontificado de entre la sangre preciosa de Jesucristo, y como un verdadero gigante recorrió toda la tierra.

Orientó en una extremidad del cielo, y fué á parar á la otra. La luz de su palabra no ha descuidado de iluminar á choza ni á palacio alguno.

Nadie ha podido esconderse á su calor: su calor es la caridad cristiana, y la caridad cristiana ha tomado el mundo, lo ha cubierto con sus alas, y ha transformado su fisonomía.

Y si la luz del sol jamás se empaña, tampoco se empaña la justicia del Pontificado: no, porque justificados en sí mismos son los juicios del Señor.

Y el Pontificado los codició mas que la abundancia

del oro y de piedras preciosas; los encontró mas dulces que la miel y el panal.

Prefiriólos á las sillas, y á los tronos, y á las riquezas, y á los tesoros; todo lo sacrificó para no separarse de este espíritu.

Por eso tu siervo los guarda, puede decir Pio IX, y en el guardarlos queda abundantemente galardonado.

El galardón del Pontificado no es, pues, un trono, no es un cetro, no es una corona, no es un dominio terrenal mas ó menos extenso: nada de esto; estas cosas son florones, añadiduras de su galardón.

Pero la esencia del galardón del Pontificado es el ser el depósito, el guarda de los juicios del Señor.

El esplendor y la dulzura de este galardón no lo ve el hereje: *Nec videt hunc splendorem hæreticus, nec sentit dulcedinem.*

No, no le sienten sino los que saben elevarse hasta un punto en el que manifestamente ven que el Pontificado es el cielo, el firmamento, el dia, el tabernáculo, el sol, el esposo y el calor que anuncia, y propaga y testifica la gloria de Dios.

Pero bienaventurados los que así lo comprenden: bienaventurados los que á los alaridos de los que claman: «Eclípsese el sol de las conciencias,» oponen este canto de filial amor:

GLORIA Á PIO IX y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.—VILARRASA.

DEL SALMO XIX.

2. Óigate, ó Rey, el Señor en el dia de la tribulación; defiéndate el nombre del Dios de Jacob.

3. Enviéte socorro desde el santuario, y sea tu firme apoyo desde Sion.